

# CONQUISTA

Volumen 3, Número 17

CRISTIANA

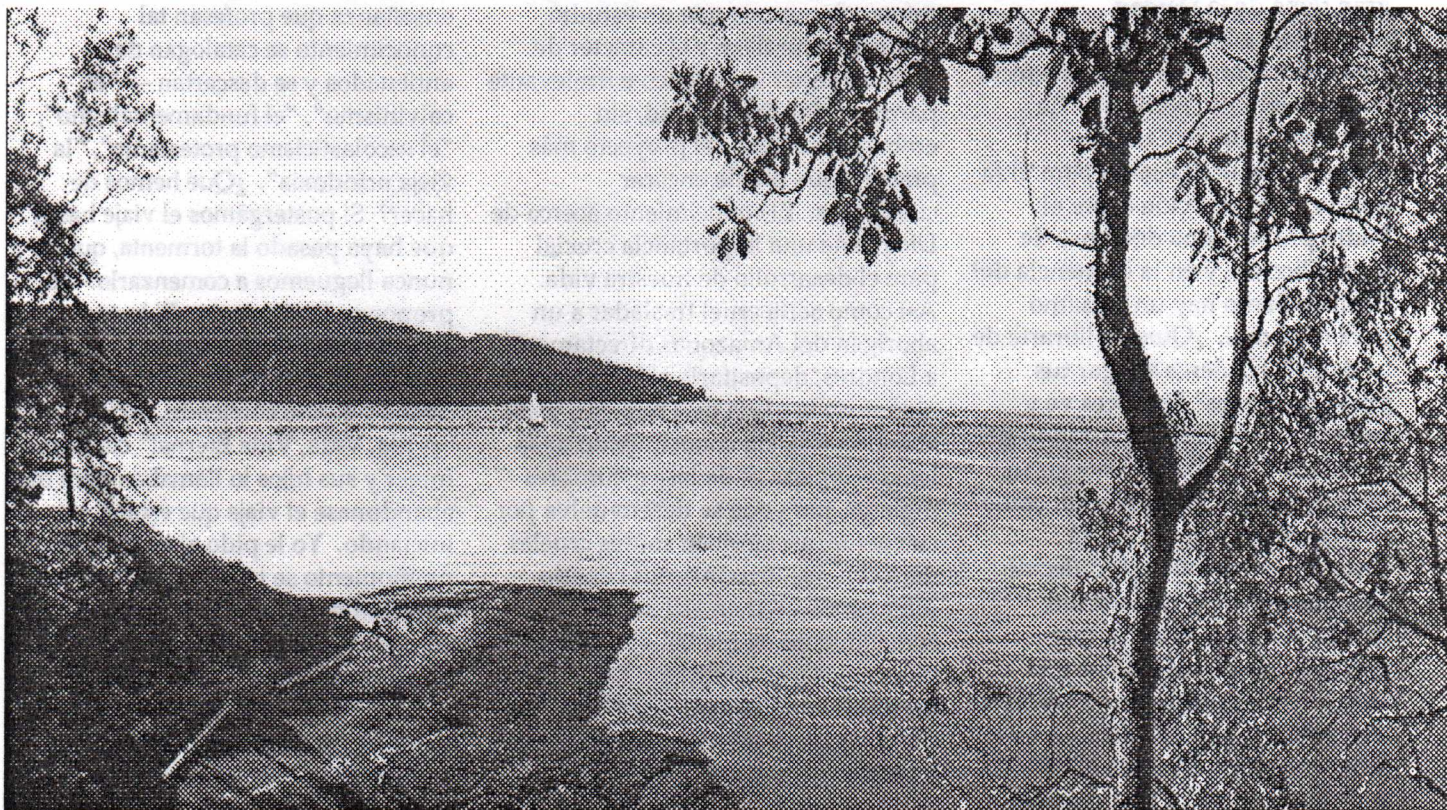
La revista para líderes  
que se preparan para la acción!

- Hacia el conocimiento de Dios — *J.I. Packer* / 258  
Más allá de lo imposible — *Mario E. Fumero* / 262  
Cómo conocer a Dios — *Orwille Swindoll* / 264  
La unidad del Cuerpo y la cena del Señor / 268

¿Es la teología un fin en sí  
o un medio para lograr verdaderas metas  
de la vida y la santidad?

# Hacia el conocimiento de Dios

por J.I. Packer



El 7 de enero de 1855 el pastor de la capilla de New Park Street, Southwark, Inglaterra, inició su sermón matutino con las siguientes palabras:

**A**lguien ha dicho que “el estudio apropiado de la humanidad es el hombre”. No voy a negar este concepto, pero pienso que es igualmente cierto que el estudio apropiado para los elegidos de Dios es Dios mismo; el estudio apropiado para el cristiano es la Deidad. La ciencia más elevada, la especulación más encumbrada, la filosofía más vigorosa, que puedan ocupar la atención de un hijo de Dios, es el nombre, la naturaleza, la

persona, la obra, los hechos, y la existencia de ese gran Dios a quien llama Padre.

En la contemplación de la Divinidad hay algo extraordinariamente *beneficioso para la mente*. Es un tema tan vasto que todos nuestros pensamientos se pierden en su inmensidad; tan profundo, que nuestro orgullo se hunde en su infinitud. Cuando se trata de otros temas podemos abarcarlos y enfrentarlos; sentimos una especie de autosatisfacción al encararlos, y podemos seguir nuestro camino con el pensamiento de que “he aquí que soy sabio”. Pero cuando nos damos con esta ciencia por excelencia y

descubrimos que nuestra plomada no puede sondear su profundidad, que nuestro ojo de águila no puede percibir su altura, nos alejamos con el pensamiento de que el hombre vano quisiera ser sabio, pero que es como un pollino salvaje; y con la solemne exclamación de que “soy de ayer, y nada sé”. Ningún tema de contemplación tenderá a humillar a la mente en mayor medida que los pensamientos de Dios...

Mas, si bien el tema *humilla* la mente, al propio tiempo la expande. El que con frecuencia piensa en Dios, tendrá una mente más amplia que el hombre que se afana simplemente por lo que le ofrece este mundo estrecho... El

estudio más excelente para ensanchar el alma es la ciencia de Cristo, y este crucificado, y el conocimiento de la deidad en la gloriosa Trinidad. Nada hay que desarrolle tanto el intelecto, que magnifique tanto el alma del hombre, como la investigación devota, sincera, y continua del gran tema de la Deidad.

Además, a la vez que humilla y ensancha, este tema tiene un efecto eminentemente *consolador*. La contemplación de Cristo proporciona un bálsamo para toda herida; la meditación sobre el Padre proporciona descanso de toda aflicción; y en la influencia del Espíritu Santo hay un bálsamo para todo mal. ¿Quieres librarte de tu dolor? ¿Quieres ahogar tus preocupaciones? Entonces ve y zambúllete en lo más profundo del mar de la Deidad; piérdete en su inmensidad; y saldrás de allí como al levantarte de un lecho de descanso, renovado y fortalecido. No conozco nada que sea tan consolador para el alma, que apacigüe las olas del dolor y la aflicción, que proporcione paz ante los vientos de las pruebas, como la ferviente reflexión sobre el tema de la Deidad. Invito a los presentes a considerar dicho tema esta mañana...

Las palabras que anteceden, dichas hace más de un siglo por C. H. Spurgeon (que en esa época, increíblemente, tenía sólo veinte años de edad) eran ciertas entonces y siguen siéndolo hoy. Ellas constituyen un prefacio adecuado para el estudio sobre la naturaleza y el carácter de Dios.

### El estudio de Dios

“Pero, espere un momento —dice alguien—, contésteme esto: ¿Tiene sentido realmente nuestro viaje? Ya sabemos que en la época de Spurgeon a la gente le interesaba la teología, pero a mí me resulta aburrida. ¿Por qué vamos a dedicarle tiempo en el

día de hoy al tipo de estudio que usted nos propone? ¿No le parece que el laico, por de pronto, puede arreglárselas sin él? Después de todo, ¿no estamos en el año 1855!”

La pregunta viene al caso, por cierto; pero creo que hay una respuesta convincente para la misma. Está claro que el interlocutor de referencia supone que un estudio sobre la naturaleza y el carácter de Dios ha de ser impráctico e irrelevante para la vida. En realidad, sin embargo, se trata del proyecto más práctico que puede encarar cualquiera. El conocimiento acerca de Dios tiene una importancia crucial para el desarrollo de nuestra vida. Así como sería cruel trasladar a un aborígen del Amazonas directamente a Londres, depositarlo sin explicación alguna en la plaza de Trafalgar, y allí abandonarlo, sin conocimiento de la lengua inglesa ni de las costumbres inglesas, para que se desenvuelva por su cuenta, así también somos crueles para con nosotros mismos cuando intentamos vivir en este mundo sin conocimiento de ese Dios cuyo es el mundo y al que él dirige. Para los que no saben nada en cuanto a Dios, este mundo parece un lugar extraño, loco y penoso, y la vida en él se torna desalentadora y desagradable. El que descuida el estudio de Dios sentencia su vida a transitar dando tropezones y errando el camino como si tuviera los ojos vendados, por así decirlo, sin el necesario sentido de dirección y sin comprender lo que ocurre a su alrededor. Quien obra de este modo ha de malgastar su vida y perder su alma.

Teniendo presente, pues, que el conocimiento de Dios vale la pena, nos preparamos para comenzar. Mas, ¿por dónde hemos de empezar? Evidentemente tenemos que iniciar el estudio desde donde estamos. Esto, sin embargo, significa meternos en la tormenta, por cuanto la doctrina de Dios constituye foco tormentoso en el día de hoy. El denominado “debate sobre Dios”, con sus lemas tan alarmantes —“nuestra imagen de

Dios debe desaparecer”; “Dios ha muerto”; “podemos cantar el credo pero no podemos decirlo”— se agita por todas partes. Se nos afirma que la fraseología cristiana, como la han practicado históricamente los creyentes, es una especie de disparate refinado, y que el conocimiento de Dios está en realidad vacío de contenido. Los esquemas de enseñanza que profesan tal conocimiento se catalogan de anticuados y se descartan — “el calvinismo”, “el fundamentalismo”, “el escolasticismo protestante”, “la vieja ortodoxia”. ¿Qué hemos de hacer? Si postergamos el viaje hasta que haya pasado la tormenta, quizás nunca lleguemos a comenzar. Yo propongo lo siguiente. El lector recordará la forma en que el peregrino de Bunyan se tapó los oídos con los dedos y siguió corriendo, exclamando: “¡Vida, Vida, Vida Eterna!” cuando su mujer y sus hijos lo llamaban para que abandonase el viaje que estaba iniciando. Yo le pido al lector que por un momento se tape los oídos para no escuchar a los que le dicen que no hay camino que lleve al conocimiento de Dios, y que inicie el viaje conmigo para ver por sí mismo. Después de todo, las *experiencias* pueden ser engañosas, y el que transita un camino reconocido no le molestará mayormente si oye que los que no lo hacen se dicen unos a otros que no existe tal camino.

Tormenta o no, por lo tanto, nosotros vamos a comenzar. Empero, ¿cómo trazarnos la ruta que hemos de seguir?

La ruta la determinarían cinco afirmaciones básicas, cinco principios fundamentales relativos al conocimiento sobre Dios que sostienen los cristianos. Son los que siguen:

1. Dios ha hablado al hombre, y la Biblia es su palabra. la que nos ha sido dada para abrir nuestros entendimientos a la salvación.

8:1a, 2). Si adquirir conocimientos teológicos es un fin en sí mismo, si estudiar la Biblia no representa un motivo más elevado que el deseo de saber todas las respuestas, entonces nos veremos encaminados directamente a un estado de engreimiento y autoengaño. Debemos cuidar nuestro corazón a fin de no abrigar una actitud semejante, y orar para que ello no ocurra. Como ya hemos visto, no puede haber salud espiritual sin conocimiento doctrinal; pero también es cierto que no puede haber salud espiritual con dicho conocimiento si se lo procura con fines errados y se lo estima con valores equivocados. En esta forma el estudio doctrinal puede realmente tornarse peligroso para la vida espiritual, y nosotros hoy en día, en igual medida que los corintios de la antigüedad, tenemos que estar en guardia a fin de evitar dicho peligro.

Empero, dirá alguien, ¿acaso no es un hecho que el amor a la verdad revelada de Dios, y un deseo de saber todo lo que se pueda, es lo más lógico y natural para toda persona que haya nacido de nuevo? ¿Qué nos dice el Salmo 119? —“Enséñame tus estatutos”; “abre mis ojos, y miraré las maravillas de tu ley”; “¡oh, cuánto amo yo tu ley!”, “¡cuán dulces son a mi paladar tus palabras! Más que la miel a mi boca”; “dame entendimiento para conocer tus testimonios” (vv. 12, 18, 97, 103, 125). ¿Acaso no anhela todo hijo de Dios, junto con el salmista, saber todo lo que puede acerca de su Padre celestial? ¿Acaso no es el hecho de que “recibieron el amor de la verdad” de este modo prueba de que han nacido de nuevo? (véase 2 Tesalonicenses 2:10). ¿Y acaso no está bien el procurar satisfacer en la mayor medida posible este anhelo dado por Dios mismo?

Claro que lo está, desde luego. Pero si miramos nuevamente lo que dice el Salmo 119, veremos que lo que anhelaba el salmista era adquirir un conocimiento no teórico sino práctico acerca de Dios. Su anhelo supremo

era el de conocer a Dios mismo y deleitarse en él, y valorar el conocimiento sobre Dios simplemente como un medio para ese fin. Quería entender las verdades divinas con el fin de que su corazón pudiera responder a ellas y que su vida se fuese conformando a ellas. Observamos lo que se destaca en los versículos iniciales: “Bienaventurados los perfectos de camino, los que *andan en la ley de Jehová*. Bienaventurados los que guardan sus testimonios, y *con todo el corazón le buscan... ¡Ojalá fuesen ordenados mis caminos para guardar tus estatutos!*” (vv. 1, 2, 5). Le interesaban la verdad y la ortodoxia, la enseñanza bíblica y la teología, pero no como fines en sí mismas sino como medios para lograr verdaderas metas de la vida y la santidad. Su preocupación central era acerca del conocimiento y el servicio del gran Dios cuya verdad procuraba entender.

Esta debe ser también nuestra actitud. Nuestra meta al estudiar la Deidad debe ser la de conocer mejor a Dios mismo. Debe interesarnos ampliar el grado de acercamiento no sólo a la doctrina de los atributos de Dios sino al Dios vivo que los ostenta. Así como él es el tema de nuestro estudio, y el que nos ayuda en ello, también debe ser el fin del mismo. Debemos procurar que el estudio de Dios nos lleve más cerca de él. Con este fin se dio la revelación, y es a este fin que debemos aplicarla. ¿Cómo hemos de lograr esto? ¿Cómo podemos transformar el conocimiento acerca de Dios en conocimiento de Dios? La regla para llegar a ello es exigente, pero simple. Consiste en que transformemos todo lo que aprendemos acerca de Dios en tema de meditación *delante* de Dios, seguido de oración y alabanza a Dios.

Quizá tengamos alguna idea acerca de lo que es la oración, pero no en cuanto a lo que es la meditación. Es fácil que así sea por cuanto la meditación es un arte que se ha perdido en el día de hoy, y los creyentes sufren gravemente cuando ignoran dicha práctica. La meditación

es la actividad que consiste en recordar, en pensar, y en reflexionar sobre todo lo que uno sabe acerca de las obras, el proceder, los propósitos, y las promesas de Dios, y aplicarlo todo a uno mismo. Es la actividad del pensar consagrado, que se realiza conscientemente en la presencia de Dios, a la vista de Dios, con la ayuda de Dios, y como medio de comunión con Dios. Tiene como fin aclarar la visión mental y espiritual que tenemos de Dios y permitir que la verdad de la misma haga un impacto pleno y apropiado sobre la mente y el corazón. Se trata de un modo de hablar consigo mismo sobre Dios y uno mismo; más aun, con frecuencia consiste en discutir con uno mismo, a fin de librarse de un espíritu de duda, de incredulidad, para adquirir una clara aprehensión del poder y la gracia de Dios. Tiene como efecto invariable el humillarnos, cuando contemplamos la grandeza y la gloria de Dios, y nuestra propia pequeñez y pecaminosidad, como también alentarnos y darnos seguridad — “consolarnos”, para emplear el vocablo en el antiguo sentido bíblico del mismo— mientras contemplamos las inescrutables riquezas de la misericordia divina desplegadas en el Señor Jesucristo. Estos son los puntos que destaca Spurgeon en el párrafo de su sermón citado al comienzo, y son reales y verdaderos. En la medida en que vamos profundizando más y más esta experiencia de ser humillados y exaltados, aumenta nuestro conocimiento de Dios, y con él la paz, la fortaleza, y el gozo. Dios nos ayuda, por lo tanto, a transformar nuestro conocimiento acerca de Dios de este modo, a fin de que realmente podamos decir que “conocemos al Señor”. Δ

Adaptado del libro *Knowing God*, de J.I. Packer, 1973. Publicado con permiso de los editores en español.

El Dr. J. I. Packer es un teólogo inglés que se dio a conocer primero como autor con dos obras sucesivas, *El fundamentalismo y la Palabra de Dios* y *El evangelismo y la soberanía de Dios*. *Knowing God* se convirtió en uno de los más notorios éxitos de librería tanto en Inglaterra como en los Estados Unidos de Norteamérica.

¿Cómo podemos enfrentar  
a un mundo de incredulidad y materialismo?

# Más allá de lo imposible

Por Mario E. Fumero

**N**uestra vida se enfrenta a muchos "imposibles" y grandes interrogantes que no tienen respuestas. Estamos limitados por circunstancias que a veces nos desesperan y nos hacen perder el dominio de la situación; pero cuando esto ocurre, surge la promesa de Dios. Él ha prometido estar con nosotros para que hagamos "cosas mayores que las que él hizo" (Juan 14 12), lo que nos conduce a un andar dentro de un mundo de maravillas y prodigios, pues la fe mueve montañas. Es necesario fortalecer nuestra fe, para poder enfrentarnos a un mundo de incredulidad y materialismo.

¿Qué es la fe? Es la mano de Dios que hace lo que el hombre no puede hacer. Son las ventanas del espíritu para salir de las limitaciones de esta morada materialista dentro de la cual vivimos. Es la llave que abre el Reino de Dios para poder tener acceso a sus riquezas gloriosas. A ella acudimos cuando la ciencia falla, cuando el dinero se acaba, cuando todo lo que es, deja de ser. Es la que nos trae esperanza, alimento y poder. Es, como lo define la epístola a los Hebreos en el capítulo 11: "La certeza de lo que se espera, la convicción de lo que no se ve."

Andar por fe es andar esperando aquello que no sólo no podemos tener, sino que se sale de nuestras

posibilidades. Es tener confianza frente a lo que es imposible, porque "Para el que cree, dijo Jesús, todas las cosas son posibles".

Se puede vivir sin agua, se puede sobrevivir sin alimento, se puede vivir sin libertad, pero no se puede vivir sin fe, porque esta es la que nos da esperanza cuando falta el agua, la comida, la libertad. Cuando ésta no se tiene, viene el desánimo, la locura, el fracaso y la muerte. Hemos sido creados para elevarnos sobre la adversidad; somos como aves que tienen dos grandes alas para remontar vuelo sobre las montañas de los problemas. Un ala es la palabra de Dios que nos da promesas divinas, la otra es la fe que nos lleva a actuar más allá de lo posible y lógico. A veces vivimos arrastrándonos, porque no tenemos fe para remontar el vuelo más allá de nuestras limitaciones naturales.

Es importante nutrir la fe que tenemos dentro de nuestro ser. Si esa fe natural se siembra en buena tierra, como es la Palabra de Dios, crecerá y basta que sea del tamaño de un grano de mostaza, para que veamos las maravillas del Todopoderoso en nosotros. Es triste ver a personas llamadas "cristianas" viviendo derrotadas, llenas de lamentaciones y frustraciones, cuando a través del evangelio tenemos una fuerza y un poder para vencer obstáculos.

Recuerdo una fábula que me envió

un amigo de Honduras. Relataba una historia que se repite en nosotros como una paradoja: "Había una vez un hombre que encontró en el bosque un huevo de águila abandonado y se lo llevó a su casa. Una vez allí, lo colocó en su gallinero para que las gallinas lo empollaran y se criara con los pollos. Transcurrido un tiempo, aquellos huevos se abrieron, y de ellos salieron los pollitos, y allí también estaba el del águila. Esta creció como un pollo, aprendió a comer y a caminar como ellos, solo podía volar a escasa altura, como los pollos. Un día, cuando el águila-pollo era ya adulto, estando en compañía de las gallinas, miró al cielo y vio como unas aves volaban alto, muy alto, y le preguntó a una gallina:

—¿Qué aves son esas que vuelan tan alto? A mí me gustaría volar como ellas. La gallina contestó:

—Olvidalo, jamás podrás volar como ellas, porque son águilas. Pasó el tiempo, hasta que el águila-pollo murió, sin haber sabido que hubiera podido haber volado como tal.

Esta fábula es una representación de la realidad que a veces ignoramos. Fuimos hechos para ser vencedores, poderosos y victoriosos. Se nos dio una naturaleza divina, la cual está dentro de nosotros; además, tenemos el Espíritu de del Dios eterno y contamos con la fe y el poder de nuestro creador para elevarnos sobre todas las circunstancias y



adversidades; pero como el águila, miramos para arriba deseando ser lo que ya somos por designio divino, ya que en cada ser hay una eternidad, y un poder, para hacer que nuestra debilidad se convierta en perfección.

Dejémonos de miserias y lamentaciones. No miremos para abajo, con una mirada de fracaso. Hay esperanza para poder conquistar las montañas más altas que jamás hemos podido soñar. Aprendamos de Abraham, el gran patriarca bíblico, que dejó todo: tierra y parentela, y emprendió un camino hacia un lugar desconocido, pero prometido por Dios. Él no dudó de la promesa divina, pese a que ignoraba muchas cosas. Para él, ya viejo y cansado, el poseer la tierra prometida, y ser padre de las naciones, era algo absurdo, pero le creyó a Dios y se elevó como las águilas a las alturas prometidas por el Todopoderoso, y así está en la historia, se le llama *el padre de la fe*. Judíos, cristianos y musulmanes lo reconocen y aceptan como el padre de su nación, pues de él se formó la nación de Israel y la nación árabe. De la promesa dada por Dios a este hombre vino un salvador; la promesa se cumplió tal y como está registrada en las escrituras:

«Haré de ti una nación grande, te bendeciré, engrandeceré tu nombre y serán bendición . . . y serán benditas en ti todas las

familias de la tierra (Génesis 12:2-3).»

Salió sin rumbo y encontró la tierra prometida. Era viejo, estaba casado con una mujer estéril, pero tuvo un hijo. Sus años de vejez fueron revestidos de fuerza y poder. No dudó nada, le creyó a Dios y anduvo en sus designios, aun en las pruebas, como en el sacrificio de su hijo Isaac. Mostró confianza en el Señor, y fue prosperado, visitado, honrado y engrandecido. Pudo volar más allá de la lógica y la razón. El sabía que sobre su limitación estaba un poder superior, no sólo creía en Dios, sino que le creyó a Dios, como dicen las escrituras:

... porque esperaba la ciudad que tiene fundamentos, cuyo arquitecto y constructor es Dios (Hebreos 11:10).

En nuestros tiempos la fe ha decaído, ha perdido su brillo, pues se dice que "ando por fe", pero nos pasamos la vida llorando miseria, haciendo cuentos para obtener ganancias, e incluso fabricamos metodología para obtener dividendos y después queremos dar una cátedra de "fe". Cuando nos apoyamos en lo que tenemos, perdemos la autoridad para hablar de la *fe que mueve montañas*. No sólo los valores morales se encuentran en franca en

decadencia, también la fe está en crisis. Donde observamos más fe hoy día es en la gente humilde, que con un salario miserable tienen que sostener a una familia. Pero para algunos la fe es un cuento, una ilusión efímera, y les ocurre como a los que teniendo fe, se apoyan en el poder del dólar, donde se lee la inscripción: "En Dios confiamos", siendo para muchos un dios que ha matado la fe, y nos lleva desenfundadamente a la ambición.

Elévate sobre tus problemas y lucha, pero déjale al Señor lo que no puedas resolver. Jesucristo es especialista en hacer cosas imposibles. Confía en él, y verás los resultados. Restaura la fe, y verás la maravilla de Dios en tu vida, en medio de un mundo en crisis.

*Mario E. Fumero es pastor, autor y productor radial. Ha fundado iglesias e instituciones de rehabilitación para drogadictos y alcohólicos en Honduras y España. Actualmente reside con su esposa Lisbeth y sus tres hijos en Tegucigalpa.*

*Solicite informes sobre sus programas radiales y literatura a las siguientes direcciones:*

*En España: Apartado Postal 2095, 14080 Córdoba.*

*En Estados Unidos de Norteamérica: P. O. Box 350605, Miami, Florida, 33135.*

*En Centroamérica: Apartado 20, Tegucigalpa, D.C. Honduras.*

# Diseñados para expresar su gloria... Cómo conocer a Dios



por Orville Swindoll

**E**l más rudimentario conocimiento de la Biblia nos lleva a entender que Dios es a la vez Autor y Consumador de todo; que en él está el principio y el fin de todas las cosas. No solamente que él *conoce* el principio y el fin; él mismo *es* el principio y el fin; fuera de él nada en el universo tiene sentido ni significado. Es él quien da a todo su razón de ser. De modo que, en un sentido más profundo, conocerle a él es conocer todo lo demás.

Pero, ¿cómo puede uno conocer a Dios? Tanto la experiencia como las Escrituras enseñan que Dios no se revela a la curiosidad ni a la búsqueda humana. El hombre jamás encontrará a Dios buscándole. No está en el hombre el tomar la iniciativa de acercarse a su Creador; el principio de todo está en Dios, no en el hombre. En medio de revelaciones extraordinarias de la grandeza del Dios de Israel, el profeta exclamó.

"Verdaderamente tú eres Dios que te encubres...", subrayando con esa frase una de las verdades fundamentales de la Biblia. Las riendas de la creación están en las manos de Dios. El es el autor de la vida, el autor de la luz, el principio de todas las cosas. Dice el salmista: "Contigo está el manantial de la vida; en tu luz veremos la luz." Aparte de él, sólo hallaremos tinieblas.

Sin embargo, esto no es todo. Dios no sólo es "el que se encubre", no es ese el único atributo de su carácter. También las Escrituras nos enseñan que él se revela, que se da a conocer. Más aun, él ha declarado que su propósito es llenar todo el universo con el *conocimiento* de su gloria. Cuando ese conocimiento esté en todas partes, se verá la plenitud de Dios.

Aquí tenemos, pues, algo aparentemente paradójico. Por un lado, Dios se encubre; y por el otro, él se revela. ¿Cómo se entiende esta doble verdad? La solución está en la

explicación de su propósito eterno. La Biblia presenta una vista panorámica que comienza con un Dios encubierto y termina con todo el universo expresando la gloria de su Persona. Uno es el punto de partida, el *génesis*, el otro es la consumación, la revelación, el *apocalipsis*. En cuanto al universo, en cuanto al hombre, todo comienza en foja cero, porque Dios está encubierto. Pero, ¡alabado sea su Nombre! todo termina con la revelación de su gloria en plenitud.

## La gloria de Dios

Dado que mucho gira sobre la cuestión de la gloria de Dios, quizás sea conveniente detenernos para pensar acerca del significado de esta frase. La Biblia da a entender en todas partes, que la gloria de Dios es la expresión de su Persona. Para nuestro concepto de Dios, es básico comprender que su carácter requiere que él se dé a sí mismo. Él manifiesta lo que es. Cuando él da, da de sí

mismo. Tal vez entendamos esto mejor si aclaramos en qué Dios difiere del hombre sobre este particular. Cuando yo doy algo, no doy de mí mismo; mi plenitud permanece intacta dentro de los límites de mi forma física. Pero con Dios no es así. Cuando él da algo, él mismo se introduce en ese algo, de manera que, en realidad, él se extiende. Y en este sentido él seguirá dándose, extendiéndose, introduciéndose hasta llenar todo el universo consigo mismo. Ahora bien, esta expresión de sí mismo, esta extensión de su Persona, en la Biblia se llama su *gloria*.

Una ilustración más podrá ayudarnos al respecto. Cuando una lámpara está encendida en un cuarto, el lugar se llena de luz. La lámpara no guarda toda la luz dentro de sí misma, sino que la esparce a su alrededor. En este ejemplo, podríamos decir que la luz que llena el cuarto, es como la *gloria* de la lámpara, la expresión de su característica fundamental. La lámpara no atrae la atención hacia sí misma, sino sobre el cuarto que alumbra con su gloria. En el mismo sentido podemos entender la paradoja mencionada en cuanto al carácter de Dios. A pesar de llenar el universo con su gloria, él se encubre, él no llama la atención sobre sí mismo, sino sobre el universo —y en particular sobre el hombre— como las cosas que reflejan su gloria. Con todo, es Dios quien se ve; y la gloria es la manifestación de su persona.

En 1 Corintios 11:7 Pablo dice que el hombre es “imagen y gloria de Dios; pero la mujer es gloria del varón.” Este pensamiento destaca el hecho de que el hombre ha sido diseñado por Dios a su imagen con el fin de reflejar su gloria. Vemos entonces que, en su propósito eterno, Dios hizo al hombre como un medio para extender su gloria, a fin de poder multiplicarse en todo el vasto universo. Este es un tema muy amplio, pero básicamente el texto muestra que Dios se da a conocer a través del hombre. Y como verdad

paralela a ésta, Pablo acota que en el propósito divino, el hombre ha de darse a conocer a través de la mujer. Todo esto encierra grandes y profundas verdades espirituales que nunca llegaremos a entender si sólo contemplamos al hombre y al universo en su estado caído. Únicamente las comprenderemos a la luz del propósito eterno de Dios.

Vemos, pues, que Dios está obrando de acuerdo con un plan. Comienza de la nada, con un universo que no le conoce a pesar de ser producto de su obra creadora; y terminará, así lo ha declarado, con el universo lleno de su gloria.

De principio a fin la Biblia habla de la gloria de Dios. No se refiere a algo incomprendible, aunque por cierto el hombre nunca comprenderá todo su misterio. Pero en la revelación de su gloria, Dios se da a conocer en medio de su creación. Es por eso que la gloria de Dios es visible, mientras que la Palabra declara que Dios mismo es invisible. Adán vio la gloria de Dios en el Edén; Abram la vio en el fuego que consumió su sacrificio; Moisés, sobre el tabernáculo de Reunión; Aarón, sobre el Arca del Testimonio; David, sobre el tabernáculo de alabanzas que levantó; Salomón, sobre el templo, y Elías, sobre el monte Carmelo. Pero a medida que Israel dejaba de ofrecer a Dios un culto digno y una consagración entera, la gloria se apartaba del pueblo. Ezequiel, Hageo y otros profetas exhortaron a la nación a volver a su Dios y profetizaron de los días en que la gloria volvería a verse sobre el pueblo. Sin embargo, los últimos siglos del antiguo pacto fueron mayormente años “sin gloria”.

Aun cuando así fue, Dios no abandonó el deseo de expresar su gloria en medio de los hombres. Y con el nacimiento del niño Jesús en Belén comienza una nueva etapa de la historia. Años más tarde, al escribir el apóstol Juan de la encarnación, ministerio y pasión de Cristo Jesús, dice: “...y vimos su gloria”. Es evidente que el móvil principal de



Cristo, tanto en su vida como en su muerte, fue revelar la gloria de su Padre (vea especialmente San Juan, capítulo 17).

La Iglesia, como expresión del propósito eterno de Dios, nació en el día de Pentecostés mediante una manifestación visible de la gloria divina (Hechos 2:1-4). San Pablo indica que durante toda la eternidad, esa gloria sería revelada “en la iglesia en Cristo Jesús” (Efesios 3:21). Y la ciudad celestial no tiene necesidad de sol ni de luna, “por que la gloria de Dios la ilumina” (Apocalipsis 21:23).

Al contemplar estos hechos históricos nuestro interés va más allá del fenómeno de la expresión brillante de su gloria. Será necesario que penetremos detrás del escenario inmediato, para entender algunos de los pensamientos de Dios sobre la materia. Y en todo esto las Sagradas Escrituras nos habrán de servir de guía. Como fondo de nuestra meditación tendremos que considerar dos principios básicos: la relación eterna entre las tres Personas de la Divina Trinidad y el propósito de Dios para con el hombre. Así es que veremos el carácter de Dios como Dador de sí mismo, y el carácter del hombre como receptor, o recipiente, de la Persona de Dios. Desde luego, esto no es todo, pero ha de orientar nuestros pensamientos y darnos una



base para nuestro estudio. Veremos que, como en todas, las cosas, la clave es *Cristo*.

## Dios es el gran dador



Ya hemos dicho que desde la eternidad hasta la eternidad Dios es el Gran Dador de sí mismo. No debemos pensar en sus atributos — amor, santidad, poder, sabiduría, etc.— como “cosas” aparte de su misma Persona. Cuando él nos da su amor o su poder, lo que en realidad hace es introducirse él mismo en nuestras vidas para vivir su amor y su poder en nosotros. De modo que el don de su amor, o de su poder, no tiene límites humanos; no es algo que él nos confíe para usar a nuestro antojo; ni tampoco es algo que aumente nuestra propia capacidad latente. *Él* es quien vive en nosotros, con toda la inmensa y maravillosa posibilidad que esto implica.

Siendo que Dios es así, ¿cuál fue su actividad antes de la creación de los

seres humanos en los cuales él pudo expresarse? Recordemos que su actividad tiene que estar de acuerdo siempre con sus atributos; si él es algo, lo es por sí mismo, y no porque haya ningún hombre capaz de comprenderlo o experimentarlo. Su actividad no depende del hombre, sino de su propia persona. Entonces, ¿de qué manera expresaba Dios eternamente, aún antes de la creación, su carácter de Dador?

Nos ayudará pensar en Dios como el Gran Amante, el Amador, el que quiere darse en amor; pues el atributo del amor es básico en él, fundamental y fuente de todos sus otros atributos. De su amor eterno fluyen todos los demás aspectos de su Persona. Y el amor determina que él nunca pueda vivir encerrado en sí mismo. El hecho de ser el Gran Amador determina que tenga que expresar su amor. El tiene que darse en amor. Y no es meramente porque yo u otro ser, humano o angelical, necesite de su amor; sino porque sus atributos son expresiones de su persona y no tan sólo respuestas a nuestra necesidad. Él tiene que amar y él tiene que darse en amor, simplemente porque él es amor.

Pero el amor necesita siempre tener un objeto; el amor no puede existir solo o para sí; y el objeto tiene que ser concordante con la fuente, con el origen. Es decir, que siendo Dios amor perfecto y amor divino, no puede nunca tener un objeto que no sea perfecto ni divino. De otra manera, el amor se frustraría. Y Dios no puede frustrarse. Así que en esto, el objeto debe corresponder con la fuente del Amor. Pero tiene que ser otro, no puede ser la misma fuente. El objeto del amor divino debe poseer la misma capacidad de recibir como el Dador tiene para dar. Y como el amor nunca puede ser egoísta, el objeto del amor necesita tener la capacidad de devolver el amor recibido, sin menguarlo ni alterarlo. Es decir, la devolución del amor tiene que corresponder con la recepción. De modo que si el Amador es una

persona divina y perfecta, el objeto también tiene que serlo. Y en esto vemos la perfecta relación entre el Padre y el Hijo, pues ambos son eternos, y cada uno da y recibe amor.

## La divina trinidad

Ahora bien, el amor que fluye entre ellos es interpersonal; en su amor fluyen sus mismas personas. Es decir que entre ellos fluye una corriente de amor que lleva también sus vidas. Así que Padre e Hijo se están dando entre sí, el uno al otro; y hay un Espíritu entre ellos que los va relacionando. Podemos entonces, enfocar la Divina Trinidad desde el punto de vista de una relación eterna y unidad de amor, bajo los siguientes términos: el Padre que da, el Hijo que recibe y devuelve y hace y conoce el amor del Padre, y el Espíritu Santo que lo realiza y lo hace extensivo.

Pero no podemos quedarnos allí. Siendo este un amor tan grande e infinito que nunca puede contenerse, que siempre tiene que abundar más y más, es fácil entender cómo se crea todo un ambiente de amor. Cuando dos seres de tal altura, nobleza, dignidad y santidad se aman entre sí, su amor no puede quedar como un secreto entre ellos exclusivamente. Su amor tiene que llenar todo el ambiente que ellos habitan, y como en este caso se trata de seres divinos e infinitos que todo lo llenan, su amor tiene que ser la nota dominante en todo este vasto universo. Y por ser tan grande el gozo y alegría que ese amor produce en Dios, él desea que otros, multitudes incontables de seres, también puedan llegar a conocer el mismo amor del Padre con el Hijo. Para tal fin él ha creado un universo poblado de seres capaces de compartir su gozo y su amor, y ha derramado su Espíritu Santo quien hace extensivo el amor de Dios por todas partes.

Ahora recapitulemos un poco. Hemos visto al Padre como el gran dador de sí mismo; al Hijo como el receptor perfecto; y al Espíritu Santo como el realizador o ejecutor de toda esta actividad divina. Más

específicamente podemos decir que el Dios invisible desea revelarse a través del Hijo; el Padre infinito quiere darse a conocer en el Hijo. Pablo dice que Cristo es la imagen del Dios invisible. La gloria de Dios se ha expresado en Cristo Jesús. Toda la plenitud de Dios habita en él. En efecto, Cristo dijo a sus discípulos: "El que ha visto a mí, ha visto al Padre."

El Hijo tiene un solo deseo: dar a conocer al Padre; que el cielo y la tierra puedan conocerle, que todo el universo se llene del conocimiento de su gloria. ¡Y más que conocerle! Él anhela que vivamos por él; ser él mismo nuestra vida y nuestro todo. Pero para que nosotros experimentáramos a Dios, era necesario que el Hijo fuese, no sólo semejante al Padre, sino también semejante a nosotros: él tenía que revelar la gloria de Dios en forma humana.

### Conociendo a Dios personalmente

Pero si Cristo hubiera permanecido en la tierra en forma humana, nunca habríamos nosotros conocido personalmente la gloria de Dios. Nuestra única comprensión sería objetiva, fuera de nosotros. Esto no podría nunca satisfacer el deseo de Dios, quien quiere habitar en nosotros, revelar su gloria en nuestra vida y quien anhela que tengamos no sólo una comprensión objetiva, sino un conocimiento subjetivo de su Persona.

Debemos entender claramente que el gran objetivo de Dios es introducirse en nuestras vidas; vivir su vida *en* nosotros y revelar su gloria *a través* de nosotros. El universo y los seres humanos no fueron hechos sólo para contemplar la gloria de Dios, sino para experimentarla, para estar llenos de ella.

Cristo murió para este fin, soltando así los valores de su vida perfecta, dejando de contener a Dios exclusivamente en un solo recipiente humano. Al morir, él fue hecho "espíritu vivificante" (1 Corintios

15:45). En el mismo día de su resurrección, reunido con algunos de sus discípulos, sopló sobre ellos, impartiendoles su misma vida. En ese momento ellos comenzaron a conocer la gloria de Dios en forma objetiva, personal; desde ese momento Cristo comenzó a vivir *en* ellos, como su vida.

Aquí vemos la obra del Espíritu Santo quien introduce la vida del Padre en el Hijo en nuestras vidas. El orden progresivo es el siguiente: el Padre se expresa en el Hijo; el Hijo lo da a conocer a los hombres y da su vida para que ellos lo experimenten personalmente; el Espíritu Santo realiza —hace subjetivo— todo en nosotros.

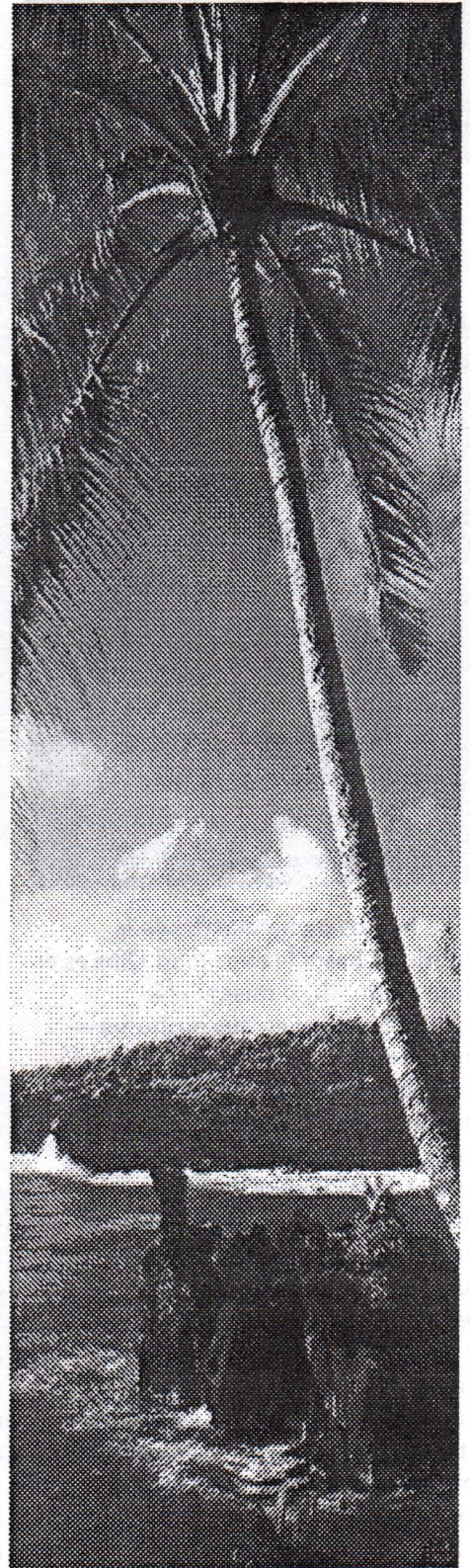
Sin embargo, falta algo. A través del hombre, Dios desea revelar su gloria en todo el universo. Es decir, nosotros no somos tan sólo recipientes para contener la gloria de Dios (tampoco Cristo lo era), sino que también debemos reflejarla, darla a conocer. ... Una ilustración nos puede ayudar a comprender este propósito en términos sencillos.

He visto que en ciertas peluquerías para hombres tienen espejos que cubren todas las paredes. El propósito de esto es para que la persona que entra pueda darse cuenta de cuál es su apariencia: cómo está su cabello, su peinado, su ropa, etc. Es decir, que no pueda escapar a la realidad de su presencia, ya que por doquiera que mire, ¡allí se ve! Es como si de repente uno estuviera en muchas partes a una vez.

Dios quiere que su persona se refleje de una manera parecida a través de nuestras vidas. Al estar él presente en este universo, los hombres deben reflejarlo, deben darlo a conocer. Y no precisamente por lo que dicen, sino más bien por lo que se ve reflejado en sus vidas. ¡Qué misión más alta y sublime! El Dios que se encubre quiere revelar su gloria a través del hombre. Así es como el conocimiento de su gloria irá llenando todo el universo.

*El pastor Orville Swindoll fue*

*representante de nuestra revista VINO NUEVO en Argentina, donde ha ministrado por muchos años. El presente artículo es una adaptación del capítulo segundo de su libro Diseñados para expresar su gloria, publicado por Editorial Logos de Buenos Aires.*



# La unidad del cuerpo de Cristo y la cena del Señor

por Noé Martínez Q.

Os ruego, pues, hermanos, por el nombre de nuestro Señor Jesucristo, que habléis todos una misma cosa, y que no haya entre vosotros divisiones, sino que estéis perfectamente unidos en una misma mente y en un mismo parecer (1 Corintios 1:10).

**U**no de los motivos que más desunen al cuerpo de Cristo es la forma como se practica determinada orden apostólica. Incluso, con sólo el nombre que debe darse a tal o cual institución, la cristiandad pugna entre sí por definiciones tales como si debe decirse "ordenanza" o "sacramento". Podríamos pensar que el problema sólo existe entre una denominación y otra; pero lo cierto es que hasta dentro de una de ellas existen diferentes enfoques que van desde lo puramente semántico hasta la variedad de prácticas. Recuerdo que cuando era adolescente, asistí a un congreso de la denominación en la que había sido criado. El tema central era

"Unificando nuestras iglesias". Como los miembros de la denominación tenían prácticas distintas, de acuerdo con el país donde vivían, los delegados al congreso trataban de ponerse de acuerdo a "unificar nuestras iglesias con relación al gobierno, al bautismo, a la Santa Cena".

---

*Ya es hora  
que busquemos  
lo que dice la Escritura  
en cuanto  
a los principios de fe  
o práctica  
y nos dispongamos  
a obedecerlos...*

---

Hablando lo mismo

El ruego apostólico, más que súplica, se entiende como una orden dada en el nombre del Señor, es que **hablemos todos una misma cosa**. Esto quiere decir que si por años hemos hablado distinto por la influencia de nuestra respectiva tradición cristiana, ya es hora que busquemos lo que dice la Escritura en cuanto a los principios de fe o práctica y nos dispongamos a obedecerlos, en el nombre del Señor Jesucristo y no en el de cualquier corriente teológica. Una pregunta que vale formularse: ¿Por qué mientras nosotros defendemos nuestro punto de vista sobre una práctica, los apóstoles no sólo hablaron unánimemente sino que escribieron apegados a la enseñanza del Señor y guiados por el Espíritu Santo?

Sin divisiones

La petición de Pablo va más allá de ponerse de acuerdo: anhela que **no haya entre nosotros algo que pueda dividirnos**. Antes de pensar en las divisiones a nivel mundial, tratemos de enfocar el fenómeno de la división en un nivel restringido. No nos distraigamos con las divisiones entre los mahometanos y los cristianos, o



los mahometanos y los cristianos, o entre los ortodoxos y los católicos. Pongamos atención primero a los síntomas de la división entre los miembros del grupo al que pertenezco. Esta división particular afecta a mis hermanos queridos, que nos reunimos periódicamente y con quienes quisiera tener una comunión cada vez más estrecha; por lo tanto, me afecta también a mí.

### En un mismo parecer

La tercera parte del ruego, en el versículo que hemos tomado como base de nuestro comentario, es que estemos *perfectamente unidos en una misma mente y en un mismo parecer*. La reacción inmediata es decir: ¡pero, eso no es posible! Hemos repetido tantas veces que "cada cabeza es un mundo". Pero el deseo vehemente del apóstol Pablo es que estemos *perfectamente unidos* en la cabeza que es Cristo. Ya no será mi parecer, lo que pienso, lo que creo... sino qué es lo que agrada al Señor. Juntos, dispuestos a hacer su voluntad. Decididos a ser dirigidos por la Cabeza.

### El Cuerpo en la tierra

Durante muchos años creí que el Cuerpo era exclusivamente espiritual. Cada vez que alguien, desde el púlpito, hablaba del cuerpo de Cristo, tenía que hacer un esfuerzo mental para imaginar algo inmaterial, difuso, en el cielo. Cuando entregué mi vida al Señor Jesucristo y lo reconocí como el Dueño de mi ser, comprendí que yo era parte de su cuerpo; él es la cabeza, que da órdenes y dirección. Dios, a través de su Espíritu, me hizo reconocer a otras personas que estaban obedeciendo a la Cabeza y me gocé al tener comunión con los que también habían aceptado el gobierno de Dios. No tenía que hacer un esfuerzo para imaginar al cuerpo de Cristo... lo podía ver con mis propios ojos, reconocer a cada una de sus partes: Grace, mi esposa; Hugo y Alice, mis pastores; Guyón y Rosa María; y tan tos y tantos otros. Lo descubrí compartiendo con ellos, orando juntos, alabando al Señor en un mismo espíritu.

### Comiendo juntos en familia

En un ambiente familiar y de confianza da gusto celebrar un

acontecimiento importante. En las fiestas de cumpleaños y en las bodas, los más allegados se congregan en una mesa aparte. Jesús comía con los que estaban más cerca de él. No fue por casualidad que mandó a Pedro y a Juan a preparar el lugar para celebrar la cena de la Pascua (Lucas 22:8). No hizo el encargo a desconocidos. La celebración del Día de los panes sin levadura se hacía en familia. Los discípulos más íntimos del Señor no dieron excusas ante el curioso encargo del Maestro:

—Al entrar en la ciudad os saldrá un hombre que lleva un cántaro de agua; seguidlo hasta la casa donde entre y decid al *padre de familia de esa casa*: "El Maestro te dice: '¿Dónde está el aposento donde he de comer la Pascua con mis discípulos?'" (Lucas 22:10-13, énfasis del autor).

Ellos obedecieron exactamente lo que Jesús les mandó y todo estaba dispuesto para la cena. La invitación a esa última cena estaba restringida a los apóstoles.

## El cuerpo partido y la sangre derramada

El sentido correcto de su muerte y el derramamiento de su sangre lo estableció el Señor al partir el pan, un solo pan, y al participar de su copa, una sola copa. Era necesario que el cuerpo del Señor fuera partido para que alcanzáramos vida y su sangre derramada es suficiente para la limpieza de nuestros pecados. Pero Jesús, el Sumo Sacerdote del orden de Melquisedec, establece un nuevo pacto en su sangre, que por nosotros es derramada. Cuando Jesús establece la cena, es algo más que la celebración de la Pascua, es la entrega por nosotros. Es el pacto de ser uno con él, fluyendo su misma sangre entre nosotros.

## Algo más que una ceremonia

A menudo, la discrepancia entre los cristianos radica en si debemos tomar vino o jugo de uva, si el pan debe ser con levadura o sin levadura, si debe estar entero o partido, y otras tantas especulaciones que la imaginación humana levanta para argumentar.

La Cena del Señor, la Eucaristía (acción de gracias) ha sido motivo de énfasis en diferentes aspectos, pero poco hemos hecho por enfatizar que somos un Cuerpo y que estamos aquí en la tierra. Si no recibo a mi hermano —lo acepto, lo amo, lo reconozco como parte mía, parte del cuerpo de Cristo— en vano estoy participando del pan. Si no ando en luz, como si lo hacen mis hermanos, y no tengo comunión con ellos, no puedo pactar para que la sangre del Señor fluya entre nosotros y nos limpie de todo pecado. Nos hace falta poner énfasis en la intimidad de la celebración de la Santa Comunión. Urge destacar el significado profundo de la *comunión* del cuerpo de Cristo y no quedarnos en la *reunión*, únicamente. Ambas características de la iglesia, en reunión y teniendo comunión, eran una

realidad en la comunidad de discípulos que menciona el libro de los hechos: "Perseveraban unánimes cada día *en el Templo*, y partiendo el pan *en las casas* comían juntos con alegría y sencillez de corazón... (Hechos 2:46, énfasis del autor).

## Discernir el Cuerpo

Tengo muy grabado en mi memoria, el nerviosismo, la duda, la inseguridad que me embargaban cuando era joven. Primer domingo, tras primer domingo de cada mes, sentado en una banca de la capilla, con la cabeza inclinada y los ojos cerrados, mientras se repartían los trocitos de pan y las copas, el pastor leía:

De manera que cualquiera que coma este pan o beba esta copa del Señor indignamente, será culpado del cuerpo y de la sangre del Señor. Por tanto, pruébese cada uno a sí mismo, y coma así del pan y beba de la copa. El que come y bebe indignamente, sin discernir el cuerpo del Señor, juicio come y bebe para sí. Por lo cual hay muchos enfermos y debilitados entre vosotros, y muchos han muerto (1 Corintios 11:27-30).

—Señor —oraba— soy indigno.  
¿Cómo puedo comer del pan y beber de la copa?

No había cometido ningún pecado grosero como matar, robar, adulterar, blasfemar, pero sentía que martillaba en mi conciencia la cita del apóstol Juan:

Si decimos que no tenemos pecado, nos engañamos a nosotros mismos y la verdad no está en nosotros (1 Juan 1:8).

—¡Qué dilema: tomar o no tomar!  
"El problema cuando uno es religioso —me decía un amigo— no es que deja de hacer lo malo, sino que la conciencia lo acusa."

En los últimos años, Dios nos ha

enseñado que, además de llevar una vida íntegra, él desea que sus leyes y principios estén en nuestras mentes y corazones para que podamos encontrar deleite cuando nos ajustamos a la voluntad de Dios. Ahora podemos saber que la clase de dignidad a que hace referencia el apóstol Pablo en en 1 Corintios 11:29 va más allá de la integridad moral; tiene que ver con discernir el Cuerpo del Señor: «El que come y bebe *indignamente, sin discernir* el cuerpo del Señor, juicio come y bebe para sí.» Algo indigno para Dios es que un hijo suyo participe del pan y de la copa sin reconocer a otro hijo suyo, que juntos forman parte del cuerpo de Cristo. Como si un miembro del cuerpo estuviera en enemistad con otro, diciendo:

—¡Ese, que va a ser hijo de mi padre; yo no lo acepto como mi hermano!

La lucha entre los miembros del cuerpo de Cristo hace que muchos estén enfermos y debilitados entre nosotros y muchos hayan muerto.

---

## Que Dios nos dé discernimiento para reconocer a los que son miembros del cuerpo de Cristo

---

Que Dios nos dé discernimiento para reconocer a los que son miembros del cuerpo de Cristo, parte nuestra, y así poder con satisfacción partir y comer con ellos del mismo pan y beber de la misma copa, diciendo:

—¡Te recibo en el nombre del Señor, porque somos parte de su Cuerpo... andemos en luz como él está en luz... tengamos comunión entre nosotros... y la sangre del Señor nos limpia de todo pecado! Δ

Atención:  
¡Nueva dirección  
de nuestra  
oficina editorial!

*Invitamos  
a pastores y ministerios  
para que colaboren  
con artículos  
de actualidad  
que sirvan de bendición  
al cuerpo de Cristo.*

*Todo material debe enviarse a:*

**CONQUISTA CRISTIANA**

*Oficina de redacción*

*Apartado 200 — 2150 Moravia, Costa Rica*

*Publicaremos los artículos, en orden de presentación,  
de acuerdo con los temas de nuestro programa.*

Conquista Cristiana  
la revista para líderes  
que se capacitan  
para la acción!  
Envíe ahora \$12  
(U.S. dólares) costo de 6 ejemplares

CONQUISTA CRISTIANA — Volumen 3 • Número 17 • 1996 — Director: Hugo M. Zelaya • Editor: Noé Martínez Q.

Publicación bimestral del Centro para Desarrollo Cristiano, que pertenece a la Fraternidad de Ministerios e Iglesias del Pacto — © Derechos Reservados.

Prohibida la reproducción total o parcial sin el permiso de los editores. Los puntos de vista expresados representan la opinión de sus escritores y no necesariamente del director o editor.

El Material que se envíe para su publicación debe ser escrito a máquina, a doble espacio y por una sola cara de la hoja.

Si desea devolución del manuscrito, incluya un sobre con su dirección y el importe postal correspondiente.

A menos que se indique de otra manera, las citas corresponden a la Biblia Reina Valera Revisada o la Reina Valera 1995 — Impresión: Litografía Costa Rica, S.A.

**CONQUISTA<sup>®</sup>**

**CRISTIANA**

Teléfono 240-5080

Apartado 5551

1000 San José, Costa Rica

